

Selecciones

Heidegger y Wittgenstein. Dos formas de la obsesión contemporánea por el lenguaje

Gilbert Hottois

Abundan los intentos de comparar a Heidegger y Wittgenstein. ¿Por qué? ¿Se trata simplemente de querer confrontar las dos más grandes figuras filosóficas de la primera mitad del siglo XX? ¿Lo exige un sentimiento confuso de correspondencias latentes y hasta de apelaciones recíprocas? La comparación de Heidegger y Wittgenstein puede desconcertar, pero no se la considera grotesca o no significativa filosóficamente.

Esta comparación no está fuera de lugar ni resulta necesariamente estéril con tal de que adoptemos un punto de vista suficientemente distante, lo cual significa que nos esforcemos por considerar las obras de Wittgenstein y de Heidegger como dos formas significativas y representativas de la reacción filosófica ante la situación del pensamiento a principios de siglo. En vano trataríamos de esclarecer a Heidegger a partir de Wittgenstein o viceversa.

A principios de siglo las ciencias positivas y las técnicas *dominan* el conocimiento de la realidad. Hasta se las considera como el *único saber válido*. Esta supremacía coincide con una especie de *monopolio cientista del lenguaje referencial y teórico*. Es decir, la ciencia dispone cada vez más de manera exclusiva y exhaustiva del discurso legítimo acerca de lo que existe ; sólo ella puede pretender elaborar la imagen o la historia discursiva verdadera concerniente a la realidad. En tal coyuntura, el filósofo tuvo conciencia (experiencia que aún hoy continúa) de que le era arrebatado el lenguaje teórico y referencial, ontológico, del que había sido soberano durante más de dos milenios.

Frente a esta situación son posibles dos actitudes extremas: resignarse a una especie de *secundariedad* de la filosofía, que sólo hablaría sobre el lenguaje acerca de la realidad, o no resignarse a esta secundariedad e intentar mostrar que es la filosofía y no la ciencia la que tiene la palabra en última instancia sobre lo que hay, sobre la naturaleza de las cosas. El primer Wittgenstein adoptó la primera actitud, mientras que el primer Heidegger, más bien, la segunda. En un segundo momento ni uno ni otro se sintieron satisfechos de su primera reacción. Heidegger será ganado por la obsesión y el encerramiento lingüísticos v. en

consecuencia, por ciertas formas de secundariedad que había tratado de esquivar. Wittgenstein denunciará lo que poseía de contradictorio e insostenible la postura metalingüístico-metafísica del *Tractatus*.

Concepción heideggeriana del lenguaje

En *Ser y tiempo*, Heidegger quiere mantener la cuestión del lenguaje en un lugar circunscrito y poco fundamental u original. Pero, al mismo tiempo, la temática del lenguaje resuena a todo lo largo del libro. Ni siquiera notamos su ausencia al describir al ser-ahí. Señala el carácter *hermenéutico* del proyecto fenomenológico. La problemática del lenguaje está ya presente, al menos oblicuamente, en lo más íntimo o nuclear de su temática y de su método. A partir de aquí y de su fracaso en la construcción de una ontología general, de su esfuerzo por evitar que la filosofía se obsesione por el lenguaje, surge una sospecha de ambigüedad en su tratamiento de las cuestiones lingüísticas.

Se equivocaría quien supusiera que el primer Heidegger ignoraba todo sobre la tentación logicista y lingüística de la filosofía a principios de siglo. Conocía de primera mano los trabajos de Frege. La afirmación de que "la teoría de la significación está enraizada en la ontología del ser-ahí", tesis enunciada en el contexto de la consigna husserliana del "retorno a las cosas mismas", enlaza indirectamente con las conclusiones de su obra dedicada a Duns Scoto que invitaba al filósofo a volver a colocar el problema de las categorías en el cuadro propiamente metafísico de una filosofía del sujeto y de la conciencia y, más generalmente, del espíritu vivo e histórico. Desde el principio siente la tentación lingüística. Su proyecto filosófico de 1927 está animado por una poderosa, aunque vana, polémica dirigida contra la *filosofía metalingüística naciente*, que sería "philosophia de verbis" y no "philosophia de rebus".

La evolución posterior de Heidegger se encontrará dominada por la revelación progresiva de que las "cosas mismas", el ser del ente, el sujeto de la ontología, lejos de conservar la firmeza de objetos metódicamente denotados por un discurso tematizante, teórico y divina o soberanamente olvidado de sí, debían hacerse sentido y juego de sentidos, lenguaje, discurso, decir: decir confundido con el decir mismo de la filosofía.

Los últimos escritos de Heidegger denuncian ya el prejuicio muy antiguo y cuasiuniversal de la estructura referencial o denotativa del lenguaje. Impugna que el lenguaje trate por esencia "sobre -über-" algo, es decir, que sea tematizante y objetivante. Y esta crítica vale tanto a nivel de la denotación *extralingüística* como al de la referencia metalingüística. Dicho con otras palabras: no se trata de reemplazar en filosofía la descripción temática, metódica y sistemática del ser del ente (de las cosas, del mundo) por la descripción temática, metódica y sistemática de la esencia y de la estructura del lenguaje.

Conviene renunciar a la antigua relación del hombre al lenguaje, que pervive en la ciencia y la técnica, como continuación de la singladura de la metafísica occidental, en provecho de una nueva alianza cuyo foco sería la experiencia del

lenguaje como un decir *a partir de* -von- y no *sobre* -über-. Tal experiencia privilegia el uso *dialógico* y *hermenéutico* del lenguaje, por el que se acentúa la ruina del vector referencial, pues en un tal uso los discursos proceden lateralmente a partir de textos y palabras. Un diálogo puede así llegar a ser un juego autónomo e integralmente lingüístico (sin ninguna referencia extralingüística), especialmente allí donde a guisa de interlocutor no hay más que libros, unos textos o, más sencillamente, unas palabras.

Se encuentra aquí, como alternativa a la verticalidad referencial o metalingüística, una cierta práctica de la *adlingüisticidad*. Una filosofía *adlingüística* tematiza el lenguaje desde dentro del lenguaje mismo. El *tema* u *objeto* residual del "decir *acerca de* -von-" es el ser del lenguaje. Pero este ser precisamente no puede ser tematizado, denotado, nombrado: *no se da* más que al filo del ejercicio a-referencial y adlingüístico del lenguaje. El decir -Sage- heideggeriano es desde entonces un decir *del* lenguaje -von der Sprache- en el doble sentido de que no trata más que del lenguaje y de que no procede más que a partir del lenguaje. Ese decir *pertenece* -gehört- al lenguaje. Ahora bien, el verbo alemán "gehören" posee muchas connotaciones hermenéutico-etimológicas centradas sobre el "hören -escuchar-", por el que no sólo se repite sino que además se encuentra puesto en obra concretamente el decir a partir de la escucha del lenguaje.

Del lenguaje o de la palabra no conviene decir que *es* -es ist- sino que 'hay -es gibt-' en el sentido de que es la palabra o el lenguaje el que da -gibt-. ¿Y quién da la palabra? El ser, pues hace aparecer las cosas y el mundo como tales.

Así pues, esta donación del lenguaje gracias a la cual es otorgado el ser -antiguamente gobernado por la intuición referencial y objetivante, condensada en los nombres y las proposiciones- se realiza en la escucha del lenguaje concretizada por la *hermenéutica de los textos, el diálogo, la liberación de las potencialidades de los deslizamientos de sentido y de forma, el cuidado hermenéutico-etimológico de la palabra*. "El lenguaje habla... en los dichos -im Gesprochenen-", señala Heidegger y todos sabemos cómo la obra de Heidegger depende de lo que se podría llamar la *secundariedad adlingüística* de tipo francamente *hermenéutico*.

Si el pensamiento filosófico obsesionado por el lenguaje debía producir un mito, sería éste el del *lenguaje que habla* o del *lenguaje que se dice* -por la voz del hombre-. Pero nos equivocaríamos no viendo en todo esto más que una simple mitología o una manera poética de hablar. La filosofía contemporánea está muy alejada de la ingenuidad: de la ingenuidad precrítica -teológica- tanto como de la ingenuidad crítica -metalenguaje, transcendentalismo, antropocentrismo...-.

Concepción wittgensteiniana del lenguaje

El *Tractatus* no concede a la filosofía más que un papel de análisis crítico -elucidación, clarificación de confusiones lógico-lingüísticas determinadas- del lenguaje de la ciencia y, eventualmente, en un sentido terapéutico, de los discursos de los filósofos (4.003, 4.0031, 4.112 o 6.53, etc.). La secundariedad es

aquí neta y es *metalingüística*, es decir, que la crítica del lenguaje opera a partir de un nivel superior desde donde la tematización analítica del lenguaje-objeto es posible. Wittgenstein, en este momento, atribuye al lenguaje la función legítima de la descripción, verdadera o falsa, de lo real, pero este ejercicio sería un monopolio de las ciencias positivas.

No obstante, el contenido del *Tractatus* no se identifica con la elucidación del lenguaje efectivo de la ciencia. Plantea, sobre todo, la cuestión de la *esencia* del lenguaje y de la *esencia del mundo*, con lo que infringe de hecho su prohibición de un discurso filosófico inmediatamente referencial, propiamente *ontológico*.

En el *Tractatus*, pues, se proclama el destino secundario de la filosofía y son mantenidas simultáneamente las más altas prerrogativas metafísicas. Esto produce su carácter ambiguo y aun contradictorio, desgarrado; contradicción profunda entre la secundariedad metalingüística y el apego al discurso ontológico y metafísico. El germen de la ruina del edificio está dentro de él.

Además, aun allí donde se trata de asumir la secundariedad en cuanto crítica del lenguaje, el discurso denotativo y tematizante conserva todos sus derechos. Sólo es desplazada la referencia de la cosa al signo de la cosa. Desplazamiento que no parece transformar la estructura del ejercicio filosófico del discurso.

La práctica filosófica del segundo Wittgenstein, en cambio, es un arte sutil de disolución de todas las veleidades de construcción teórica y sistemática así como de las hipótesis ontológicas del lenguaje. Proclama la imposibilidad contemporánea de la filosofía como teoría del mundo y del logos, algo admitido todavía en el *Tractatus*. Pero no presenta una nueva *concepción sistemática* del lenguaje. Nos propone unas imágenes o analogías destinadas a desviar nuestra manera de aprehender el lenguaje (por ejemplo, el lenguaje-herramienta, el lenguaje-juego...), procurando por todos los medios que estas analogías no cristalicen en una concepción teórica y sistemática.

Su punto de apoyo no es evidentemente la realidad extralingüística, pero tampoco lo es el lenguaje, como sucede en la simple secundariedad metalingüística. Las *Investigaciones filosóficas —Philosophische Untersuchungen—* no tematizan el lenguaje en el sentido de una teoría metalingüística. Toda tematización del lenguaje se realiza sobre el campo conseguido en y por la práctica del lenguaje. Esta práctica *adlingüística* supone que el lenguaje es un elemento en el que se está, se trabaja o se juega, del que no podemos salir. No queda más opción que una tematización inmanente del lenguaje en el lenguaje.

La filosofía del segundo Wittgenstein es a-referencial y a-teórica. Se la confina en un ejercicio lingüístico que se agota en desmitificar y en destruir por un trabajo enteramente horizontal e inmanente todas las falsas salidas metafísicas y metalingüísticas fuera de la circulación lingüística del pensamiento. Trabajo, sin embargo, polarizado por la ilusión terapéutica del fin del examen filosófico y del logro de una existencia anclada en la realidad de manera no problemática. Estamos muy lejos de la experiencia tradicional del lenguaje, concebido como esencialmente referencial y teórico.

* * *

La confrontación entre Heidegger y Wittgenstein adquiere sentido cuando se leen sus obras como reacciones complejas ante el secuestro del lenguaje referencial —o discurso acerca de la realidad extralingüística— en la ciencia. Este imperalismo referencial de la ciencia relega al filósofo a la secundariedad, un destino fatal que ha destruido la principal prerrogativa de la filosofía: el hablar fundamentalmente del ser. El primer Wittgenstein se resignó a reducir la filosofía a lo metalingüístico o crítica del lenguaje, pero esta resignación era contradictoria y ambigua. El primer Heidegger no lo aceptó. Rechazó el escándalo de una "filosofía de palabras" (la "filosofía del lenguaje") y continuó un discurso ontológico.

Significativamente, esta oposición entre Heidegger y Wittgenstein desaparece cuando se considera la evolución que lleva a ambos a la crítica de la primacía del lenguaje referencial y a la práctica de la *secundariedad ad-lingüística*, radicalmente distinta de la secundariedad metalingüística, pues en esa perspectiva no se hace un simple cambio de la referencia extralingüística por la referencia lingüística. La adlingüisticidad no conoce ya más que el lenguaje, pero no se refiere al lenguaje como un objeto temático de análisis lógico. Las *Investigaciones Filosóficas* participan en una radical inmanencia del lenguaje que disuelve todo intento de referencia y denotación. Algo semejante sucede con la obra de Heidegger *De camino al lenguaje —Unterwegs zur Sprache—*. En ella encontramos una crítica del lenguaje referencial y una práctica de la adlingüisticidad que culmina en una cuasi absoluta clausura de la reflexión filosófica en el lenguaje.

Los dos mayores filósofos de la primera mitad del siglo XX no se complacen inocentemente ni sin razón en la inflación del lenguaje. Su práctica filosófica presenta los síntomas de una cerrazón inaudita del pensamiento en el lenguaje, encerramiento que intenta decirse de manera cada vez más estricta desde el interior de sí mismo a través de figuras y de ejercicios filosóficos cada vez más sofisticados.

Este encerramiento es, quizás, la consecuencia del secuestro por parte del conocimiento científico-técnico del conjunto del referencial extralingüístico, de la totalidad del discurso denotativo y teórico legítimo. Wittgenstein y Heidegger no habrían hecho más que reaccionar ante esta situación. Su reacción, a pesar de las diferencias irreductibles e innumerables que descubrimos entre ellos, no disimularía, sin embargo, enteramente la fatalidad común que las gobierna (1).

(1) La problemática esbozada en este artículo ha sido desarrollada en dos libros recientes: G. HOTTOIS, *L'inflation du langage dans la philosophie contemporaine*, Bruxelles, Ed. de l'Université, 1979 y *Pour une métaphilosophie du langage*, Paris, Vrin, 1981.

Título original: *Heidegger et Wittgenstein. Deux formes de la hantise contemporaine du langage*. Revista: *Independent Journal of Philosophy*, 4 (1983) 125-130. George Elliott Tucker, General Editor, *The Independent Journal of Philosophy*, 38, rue St.-Louis-en-l'Île, F-75004 Paris, France. Resumió: ILDEFONSO MURILLO.